

de intenso esfuerzo. Continuando la tradición iniciada por Demetrio Mansilla, que publicó *La documentación pontificia hasta Inocencio III (965-1216)*, Roma 1955; *La documentación de Honorio III (1216-1227)* y *La Documentación española del archivo de Castel S. Angelo (395-1418)*, Roma 1959; seguida por A. Quintana, *La documentación pontificia de Inocencio IV (1243-1254)*, 2 vols., Roma 1987; por I. Rodríguez de Lama, *La documentación pontificia de Alejandro IV (1254-1261)*, Roma 1976, y *La documentación pontificia de Urbano IV (1261-1264)*, Roma 1981, y por J. Zunzunegui, *Bulas y cartas secretas de Inocencio VI (1352-1562)*, Roma 1970, nuestro autor se ha fijado en el pontificado de Clemente IV. Aunque su reinado fue corto y no muy significativo, el Dr. Domínguez ha logrado reunir 209 piezas. Como se puede presumir a priori, la mayoría de ellas proceden de los fondos del Archivo Secreto Pontificio, sobre todo de los Registros Vaticanos. Sin embargo, una buena parte, ochenta y cuatro, provienen de treinta y cuatro archivos y bibliotecas. Tal vez el artículo de Peter Linehan, *Proctors representing spanish interests at the Papal Court, 1216-1303*, en «Archivum Historiae Pontificiae» 17 (1979) 69-123, le habría ayudado a localizar alguna otra bula. De las 209 piezas que integran la colección, la mayor parte, concretamente 115, permanecían inéditas y sólo 94 habían sido publicadas anteriormente.

A la colección diplomática precede un estudio crítico en que se expone el proceso de génesis de los documentos expedidos por la Cancillería pontificia; materiales y tintas, sellos, la escritura, el estilo, tipos documentales y sus fórmulas.

Por lo que toca al contenido, los temas más recurrentes son la provisión de obispados y monasterios; elecciones dobles; concesión de gracias, absoluciones y dispensas; la reconquista española y la

recuperación de los Santos Lugares; la defensa del nombre cristiano y de la pureza de la fe. A esta temática común a otras colecciones del siglo XIII, hay que añadir la pretensión de Alfonso X el Sabio al trono imperial alemán en concurrencia con Ricardo de Cornwall, la creación de los obispados de Cádiz y Soria, la promoción del infante aragonés Sancho al arzobispado de Toledo y su conducta posterior, que mereció una severa reprimenda, como también la de Jaime I el Conquistador, ésta por duplicado, y la oposición del Papa a las aspiraciones del infante castellano Enrique a ostentar el título de Rey de Cerdeña.

Añadamos que la bibliografía es exhaustiva. La obra está dotada de un índice de personas, otro de lugares, un tercero de *Incipits* y, por último, de un índice general, que en una sola página, ofrece la radiografía del libro. A diferencia de las colecciones anteriores, publicadas por el Instituto de Historia eclesiástica de Roma, ha sido editada por la Universidad de León con una portada llamativa. Llamativas son también algunas erratas que, por fortuna, el lector un poco avisado será capaz de corregir por sí mismo, aun cuando de golpe le hayan desconcertado.

J. Goñi Gaztambide

Pedro de VALENCIA, *Obras completas*, vol. VII: *Discurso acerca de los cuentos de las brujas*. Estudios introductorios, notas y edición crítica por Manuel Antonio Marcos Casquero e Hipólito B. Riesco Álvarez; presentación por Gaspar Morocho Gayo. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León («Humanistas españoles», 15), León 1997, 320 pp., 18 x 25.

El nombre de Pedro de Valencia nos era familiar desde que en el año 1987, en el tomo V de nuestra *Historia de los obis-*

pos de Pamplona, estudiamos el papel del obispo irruñés Antonio Venegas de Figueroa en el problema de las brujas. Entonces llegamos a la conclusión de que el prelado pamplonés «se mostró un pionero en el asunto de las brujas, anticipándose al pensador más progresista en esta materia» (p. 67). «Es indudable que la enérgica y clarividente posición de Venegas contribuyó no poco al viraje decisivo que se operó en España en los años 1611-1614 respecto de las brujas, con cien años de anticipación al resto de Europa» (150).

Nuestro punto de vista ha sido corroborado por los señores Marcos y Riesco, que en su brillante y sólida Introducción han manejado otros dos trabajos nuestros, pero no el citado tomo. Con fecha 20 de abril de 1611, Pedro de Valencia envió al arzobispo de Toledo e Inquisidor General, Bernardo de Sandoval y Rojas (en Toledo invirtió el orden de sus apellidos: como obispo de Pamplona se llamó Bernardo de Rojas y Sandoval) un Discurso o informe, del que afirman los autores de la Introducción que «resulta de un valor incalculable como corroboración de la corriente escéptica y de sensatez a ultranza que iba ganando terreno. Su contenido conecta estrechamente con la postura mantenida por Salazar y Frías, por el obispo pamplonés Venegas de Figueroa o por el Padre Olarte, por citar sólo nombres que emergen una y otra vez en las páginas de nuestro capítulo anterior» (121).

Aludiendo a la quietud que reinaba en Navarra a principios del año 1617 en asuntos de brujería, escriben: «Una persona que había participado muy activamente en que tal éxito se lograra, Antonio Venegas de Figueroa, obispo de Pamplona, y más tarde de Sigüenza, no pudo asistir más que al inicio del triunfo, pues la muerte le sorprendió el 8 de octubre de 1614» (pp. 119-120).

Pero vengamos ya a la presentación del volumen. Sin terminar la publicación

de las *Obras completas* de Cipriano de la Huerga, la colección «Humanistas españoles» de la Universidad de León ha emprendido la edición de las *Obras completas* del humanista y filósofo Pedro de Valencia. Pero, en lugar de comenzar por el principio, es decir, por el volumen I, ha empezado por el VII de los once previstos. De ahí que sólo podamos adelantar los datos biográficos más esenciales de nuestro protagonista. Nació en Zafra (Badajoz) en 1555, estudió latín en su pueblo natal y Artes en Córdoba, terminando su carrera en la Universidad de Salamanca donde se entregó con ardor al estudio de los autores clásicos. Joven aún, en 1574, compuso su obra *Academica sive de iudicio erga verum ex ipsis primis fontibus*, que le acreditó como uno de nuestros mejores pensadores del siglo XVI. Contrajo estrecha amistad con Benito Arias Montano, el cual le enseñó la lengua hebrea y la exégesis bíblica. En 1607 fue nombrado por Felipe III cronista del reino, falleciendo en Madrid en 1620.

El objeto principal de este vol. VII es ofrecer una edición crítica de su *Discurso acerca de los cuentos de las brujas*. Para hacerlo comprensible, a costa de un inmenso esfuerzo, los editores han tratado de colocarlo en su contexto histórico por medio de una larga y erudita introducción, sumamente interesante.

El Discurso se nos ha transmitido en borrador y en redacción definitiva. Siendo imposible su publicación en columnas paralelas, han editado las dos formas aparte, dando prioridad en las notas al texto definitivo. Después de analizar críticamente el Discurso, los autores de la Introducción han resumido su pensamiento de una manera lapidaria: «El Informe de Pedro de Valencia aboga, pues, por tres ideas fundamentales: 1) Búsquense ante todo explicaciones naturales; 2) dúdese de la existencia de hechos brujeriles; 3) para que no se castiguen delitos nunca cometidos» (155).

La ocasión del Discurso fue la Relación del auto de fe de Logroño del año 1610 contra las brujas de Zugarramurdi. De ahí que se reproduzca íntegra dicha Relación. El mismo Pedro de Valencia compuso una Suma o resumen de las relaciones de Logroño, cuyo texto cierra el volumen VII, presentado y revisado por Gaspar Morocho Gayo, quien además ha efectuado la búsqueda de fuentes manuscritas.

La Relación del auto de fe constituye el Apéndice I (p. 157-181). El Apéndice II lo integra el Memorial sexto de Alonso de Salazar y Frías, en que este inquisidor expone el resultado de la visita a las montañas de Navarra con el edicto de gracia concedido a los que incurrieron en la secta de los brujos (182-190). El Apéndice III contiene el Memorial séptimo del mismo Alonso con la indicación de los remedios que convenía adoptar en el asunto de las brujas (191-194). El Apéndice IV ofrece las instrucciones cursadas por la Suprema (29 de agosto de 1614) (195-200). A continuación viene la bibliografía utilizada (200-221). Todo este material es de una innegable utilidad.

No estamos seguros de que la palabra saludador equivalga a descubridor de brujas, como pretenden los editores (p. 114). En nuestra modesta opinión, saludador en estos primeros decenios del siglo XVII era un hombre que se creía dotado del poder de curar o precaver enfermedades de animales o personas, y tener una marca debajo de la lengua como señal de una protección especial de Santa Catalina de Alejandría. Para ejercer el oficio, era preciso obtener licencia de la autoridad eclesiástica y civil, que sometía al aspirante a un examen. En el tomo V de la *Historia de los obispos de Pamplona* citamos un caso concreto (p. 140-141). Había gente que tenía más confianza en los saludadores que en los veterinarios y en los médicos. Para «El pe-

queño Espasa» (Madrid 1987, p. 1137), el saludador era un embaucador. Una afirmación demasiado absoluta. En aquel tiempo no todo saludador era un embaucador. No todos los saludadores actuaban de mala fe.

J. Goñi Gaztambide

HISTORIA DE LA TEOLOGÍA

Marcelo MERINO, *Clemente de Alejandría. Stromata I. Cultura y Religión*, Ciudad Nueva («Fuentes Patristicas» 7), Madrid 1996, 474 pp., 15 x 23, 5. ISBN 84-89651-06-X

La publicación del texto griego-castellano del primer libro de los *Stromata* de Clemente de Alejandría es indudablemente un paso importante para los estudios patristicos y para la Teología en general. El autor ha publicado en 1994, en la misma colección de *Fuentes Patristicas*, una cuidada versión de *El Pedagogo*. Con este nuevo volumen que presentamos, el profesor Merino continúa con su proyecto general de realizar una edición bilingüe de toda la obra de Clemente de Alejandría.

La importancia de Clemente de Alejandría para la historia del pensamiento cristiano es enorme. Nacido probablemente en Atenas, Clemente era un griego pagano y su formación filosófica se realizó en el marco de la sabiduría antigua. Conoció a Panteno, que era maestro en Alejandría y se convirtió al cristianismo, continuando la enseñanza en la escuela a la muerte de Panteno. En su persona se dió el encuentro de los dos mundos: la sabiduría griega, que le pertenecía por nacimiento, y la sabiduría cristiana que hizo propia al recibir la fe y la revelación cristiana. Desde su conversión Clemente se convierte en un teólogo que piensa desde la fe sin dejar de